

## AMABILIDAD

Amoris Laetitia. Cap. IV (99-100).

Pedro Manuel López Romero

Hoy haremos el comentario a la exhortación apostólica Amoris Laetitia centrándonos en los números 99 y 100 que se encuentran en el subcapítulo titulado AMABILIDAD. Se corresponde con la exposición del capítulo 13 de la carta a los Corintios según la cual “el amor no obra con dureza”. El término que utiliza el Papa, "amabilidad", tiene una riqueza grande. Con la palabra "amabilidad" evocamos ideas como las de cortesía, cordialidad, urbanidad, gentileza, simpatía, atención, bondad, benevolencia, afabilidad; vocablos todos que sugieren a quien ama respetando al otro.

Así podemos entender que el amor también se caracteriza porque no habla ni obra con dureza sino con amabilidad. El Papa lo enseña así: *“Amar también es volverse amable y allí toma sentido la palabra asjemonéi. Quiere indicar que el amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos. Detesta hacer sufrir a los demás”*.

Sobre la base del himno de la caridad de 1 Co 13, el Papa muestra una nueva faceta propia del amor: mira al otro, no se queda nunca en sí mismo; la persona que ama se ve impelida hacia el otro y así se presenta la necesidad de exteriorización como propia del amor, porque quien es amable no es estático; se es amable con alguien.

Se podría pensar equivocadamente que para no obrar con dureza bastaría con estar quieto, con quedarse en uno mismo: mi actitud es de quietud, no soy duro con nadie; pero ello nos priva del amor allí donde hay otro a quien se debería amar. Así comprendemos el acierto del título de esta parte de la exhortación que nos permite con esa sola palabra, amabilidad, expresar una faceta importante del contenido del amor. Y es que el actuar del amor está siempre en función de otro, es para otro y con otro, la amabilidad es en sí misma un invitación a obrar en el amor.

La exhortación continúa así: *“La cortesía «es una escuela de sensibilidad y desinterés» que exige a la persona «cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar»*”. Estas palabras nos pueden evocar la libertad como atributo propio de la naturaleza humana. Pero libertad no en el sentido de actuar como a uno le plazca, ni la libertad del que ama, porque para amar es necesario ser previamente libre para poder donar a otro nuestro ser, persona, tiempo, salud, dinero, gustos, etc. El destinar todo ello por y para otro, precisa antes ser "realmente libre" como dice Nuestro Señor Jesucristo: “Decía, pues, Jesús a los judíos que habían creído en

él: «Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,31-32). Por esto, cuando aquí hablamos de libertad añadimos el sentido de que el amor también proporciona libertad al otro, la cortesía del amor recuerda, según las palabras del Papa antes leídas, que el amado es libre.

Hemos visto que la exhortación califica a la cortesía como escuela de sensibilidad, de comprensión. La sensibilidad como característica del amor es lo que nos lleva a sufrir con los que sufren y a llorar con los que lloran y ello con independencia de que se lo merezcan o no, porque el que ama no mira lo bien o lo mal que le cae el otro o si el otro dice o no verdad, etc. El amor sólo se ocupa de amarlo, porque esa sensibilidad lleva al desinterés, no en el sentido de despreocuparse del otro, sino en el sentido de ser sensible al sufrimiento del otro, sin juzgarlo. Pero la sensibilidad y la cortesía no sólo enseñan a sentir y a hablar sino también a callar, dice el Papa. Es decir, se ha de hablar solamente si lo que se dice sirve para que el otro se sienta amado. Cuando el sentir o el hablar sean para juzgar, criticar, envidiar o meter cizaña en las relaciones, mejor callémonos porque de lo contrario nos alejaremos del amor y destruiremos al otro y a nosotros mismos.

Pero la amabilidad y la cortesía... ¿Siempre y en cualquier circunstancia? ¿O hasta qué punto?. El Papa lo dice muy claro: “*Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, «todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean».* El Papa refiere la obligación de ser afable como propia de todo ser humano, no solo del cristiano. A todo ser humano le es necesario el amor y amar, siendo amable, de ahí que la amabilidad sea necesaria, diríamos, hasta obligatoria, para vivir en una sociedad humanizada.

Termina el Papa este apartado de la Exhortación con estas palabras ya pronunciadas en la Audiencia General del 13 de mayo de 2015: “*Cada día, «entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto [...] El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón»*”.

Seguidamente el Papa indica una interesante faceta del amor, la del encuentro: “*Para disponerse a un verdadero encuentro con el otro, se requiere una mirada amable puesta en él. Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos, quizás para compensar los propios complejos. Una mirada amable permite que no nos detengamos tanto en sus límites, y así podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto común, aunque seamos diferentes*”.

Enseña así cómo ha de ser el encuentro con el otro. El encuentro ha de ser carente de pesimismo, de prejuicios que nos lleven a ver lo negativo del otro. Por eso, para amar es necesario que revisemos la cara con la que nos presentamos ante el otro, pero sobre todo hemos de revisar nuestro interior, porque la “cara es el espejo del alma” y la boca no habla porque sí, sino “que de lo que abunda el corazón habla la boca”. Finaliza mostrándonos un modo de existir que nos llena de gratitud a Dios por enseñarnos este modo de amar por medio de su Iglesia: *“El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme”*.

Nos recuerdan estas palabras del Papa, cómo es necesario el constante cuidado por ambos cónyuges de su lazo matrimonial, porque ello fortalece cada día el amor en el matrimonio y también ayuda a construir una trama social firme, que lleva a apuntalar la familia; y si hacemos una familia construida sobre el amor estamos llevando a efecto la revolución que realmente precisa esta sociedad, porque el primer beneficiado de amar no es el que recibe el amor, sino el que lo da. Así lo confirma el Papa: *“Así se protege a sí mismo, ya que sin sentido de pertenencia no se puede sostener una entrega por los demás, cada uno termina buscando sólo su conveniencia y la convivencia se torna imposible”*.

Es cierta esta enseñanza del Papa. Sin la entrega de unos por los otros, sin amar, al final lo que terminamos buscando es la propia conveniencia, el propio interés, esto es, nos convertimos en egoístas incapaces de dar lugar al amor porque: *“Una persona antisocial cree que los demás existen para satisfacer sus necesidades y que cuando lo hacen sólo cumplen con su deber. Por lo tanto, no hay lugar para la amabilidad del amor y su lenguaje”*. Los comportamientos carentes de amabilidad se notan en la vida diaria, de estas carencias en el corazón también hablan la boca, los gestos, las posturas, etc., todo el ser de la persona.

*Amoris Laetitia* nos enseña cómo ama Jesús. Al ver esta parte de la exhortación que vamos a leer, considera las siguientes palabras de amor de Jesús como dirigidas personalmente a ti; como si fuera el propio Jesús el que te las dijera personalmente a ti: *“El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan. Veamos, por ejemplo, algunas palabras que decía Jesús a las personas -y a ti mismo en este momento-: «¡Ánimo hijo!» (Mt 9,2), «¡Qué grande es tu fe!» (Mt 15,28), «¡Levántate!» (Mc 5,41), «Vete en paz» (Lc 7,50). «No tengáis miedo» (Mt 14,27)”*.

Cuando uno ama puede decir a otros estas palabras que nos dice Jesucristo a cada uno. Si nuestras palabras no pueden ser así, hay entonces un modo de amar que también nos enseña el Papa: es el de callar, porque las palabras de amor, según el Papa: *“No son palabras que humillan, que*

*entristecen, que irritan, que desprecian*". Si uno se ve tentado a decir palabras de esta naturaleza, repito: es mejor callar. Incluso teniendo razón, porque con las razones no se ama. La razón bien utilizada nos ayuda a amar. Cuando sacamos las razones, nuestras supuestas razones, es para justificar nuestra falta de amor en la mayor parte de los casos. Es mejor, entonces, amar permaneciendo callado.

Y, por último, ¿dónde practicar esta cualidad del amor de no obrar con dureza, de ser amable?, pues así nos instruye el Papa en las últimas palabras de la parte de la exhortación que hoy comentamos: "*En la familia hay que aprender este lenguaje amable de Jesús*".